

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LA LITERATURA

Rosa Ruiz Gisbert
Escritora

RESUMEN:

La Guerra de la Independencia, de la que se conmemora su segundo centenario por estas fechas, fue una de las más grandes conflagraciones de la Historia de España y no podía pasar sin dejar su impronta en la literatura española. Poesía, teatro y novela recogieron, y aún recogen, tan importantes sucesos.

Palabras clave: Levantamiento Dos de Mayo, Los cantores del Dos de Mayo, Juan Bautista Arriaza, Manuel José Quintana, Bernardo López García, Benito Pérez Galdós.

SUMMARY:

The Independence War, which this year commemorates its second anniversary, was one of the greatest conflagration in the history of Spain, and could not go unnoticed without leaving its mark on Spanish literature. Poetry, plays and novels collected, and still collect, such important events.

Key words: The Uprising of May 2, Juan Bautista Arriaza, Manuel José Quintana, Bernardo López García, Benito Pérez Galdós.

Antecedentes

Desde el 22 de diciembre de 1807 contingentes franceses penetran en España sin permiso del gobierno español. El 1 de febrero de 1808 Junot se proclama regente de Portugal, luego de haber traspasado las tropas francesas el Bidasoa. En marzo, Murat está a las puertas de Madrid y el príncipe de Asturias (futuro Fernando VII) cree que le traen la corona. Manuel Godoy, a quien todos conocen como Príncipe de la Paz, intenta que el rey, Carlos IV, junto a su esposa María Luisa y toda la corte, marche a México y el 15 de marzo abandonan el Escorial camino de Sevilla, haciendo escala en Aranjuez al día siguiente. Pero el pueblo hace correr la voz de que Godoy ha vendido al país a Napoleón para impedir que el príncipe Fernando ocupe el trono. Este rumor, propagado por los servidores del príncipe, da lugar al motín de Aranjuez, con el asalto al palacio de Godoy, quien permanece dos días escondido en el propio palacio. Una vez descubierto, es golpeado y llevado hasta el Cuartel de Guardias de Corps. Ante esta situación y, quizá por salvar la vida de Godoy, Carlos IV abdica en su hijo. Fernando VII, como primera medida, y ordena confiscar todos los bienes de Godoy así como su encarcelamiento.

El 21 de marzo, Murat ocupa Aranjuez y María Luisa pide ayuda a Napoleón, quien ordena la puesta en libertad de Godoy y que sea trasladado a su presencia en Bayona.

Carlos IV, por su parte, comunica a Napoleón que su abdicación no es real sino forzada por la situación. Napoleón le convence para que se traslade a Bayona.

Fernando VII quiere adelantarse y se presenta en Bayona anticipadamente. Allí se producirá el hecho histórico conocido como las Abdicaciones de Bayona (Carlos IV abdica ante Napoleón el 5 de mayo entregándole los reinos españoles y sus propiedades a cambio del palacio de Compiègne, el castillo de Chambord y una renta vitalicia que no recibiría. El día 6 Fernando VII abdica en Carlos IV, desconociendo la renuncia de éste. Finalmente, Napoleón le ofrece el reino a su hermano José), que dejarían al trono de España en manos de los franceses, dando comienzo la Guerra de la Independencia.

Los poetas

La poesía fue la primera manifestación literaria que se encargó de llevar a sus textos aspectos de la Guerra de la Independencia. Los poetas neoclásicos de los primeros años del siglo XIX llevaron a sus versos las gestas heroicas de esta conflagración, ensalzando, desde el principio, el valor y la entrega de tantos españoles anónimos que lucharon contra el enemigo común: los franceses y Napoleón, su Emperador.

Entre los poetas destacaré algunos, los más significativos.

Uno de ellos, cuya poesía patriótica fuera muy divulgada, es **Juan Bautista Arriaza y Superviela**. Nace en Madrid el 27-2-1870 y fue bautizado el mismo día de su nacimiento. Fue admitido en la Compañía de Guardiamarinas del Departamento de Cartagena. Desde muy joven se inclinó por la poesía, pero no copiaba sus poemas sino que lo hacían sus compañeros cuando le oían recitar. Sus versos se transmitieron, pues, oralmente entre la resistencia española.

Gracias a lo recogido por sus compañeros edita "*Primicias*" en París. Regresa a España poco antes del 2 de mayo. "*Profecía del Pirineo*" es un canto patriótico emulador del francés de "*La Marsellesa*". Por problemas en la vista es retirado con el grado de Teniente de Fragata.

Fue elegido Académico numerario, Supernumerario y Honorario, sucesivamente. Con posterioridad, ya en 1824, fue elegido Académico de Honor de la Real Academia de San Fernando. Realizó su discurso en verso.

En Londres (1810) publica su obra "*Poesías patrióticas*", que contiene numerosas composiciones dedicadas a las gestas de la contienda: "*Los defensores de la Patria*", "*A los recuerdos del Dos de Mayo*", "*Himno de la Victoria*" y "*Desenfado patriótico*". El héroe de todos sus poemas es Fernando VII. También en Londres edita un opúsculo titulado "*Observaciones sobre el sistema de guerra de los aliados en la Península Ibérica*".

A este autor se le atribuyen los versos, aplicados a canciones:

*Vivir en cadenas
¡Cuán triste vivir!*

Morir por la Patria
*¡Qué bello morir!*¹

Fallece el 12 de enero de 1837.

Manuel José Quintana (1772-1857) cuenta con una dilatada carrera poética. Además de ejercer como abogado en Madrid, en 1795 es nombrado procurador fiscal de la Junta de Comercio y Moneda. Durante la Guerra de la Independencia milita en el bando liberal y ocupa varios cargos políticos en la resistencia antibonapartista. Dirige el “*Semanario Patriótico*”, importante publicación periódica impresa en Madrid y luego en Sevilla y en la Cádiz sitiada. Publica en 1808 “*España libre*” y “*Poesías patrióticas*”. Compuso la oda titulada “*Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*”.

Pero su obra poética queda marginada al poner su pluma al servicio de compromisos políticos de orientación liberal y moderadora. En enero de 1810 es nombrado Secretario de Interpretación de las Lenguas. Participa en la Junta de Instrucción Pública. En 1813 publica una colección de “*Poesías*”. En 1814 ingresa en la Real Academia Española y en la de San Fernando, pero ese mismo año, al regresar Fernando VII, fue encarcelado en Pamplona por su colaboración con las Cortes de Cádiz, siendo liberado en 1820 al restablecerse el gobierno constitucional y, tras ser abolida en 1823 la constitución, de nuevo es despojado de todos sus cargos y honores hasta la muerte de Fernando VII, en que le fueron restituidos. En 1830 empieza a editar una antología de poetas clásicos españoles: “*Poesías selectas castellanas*”. El 25 de marzo de 1855 es laureado como poeta nacional en el Senado por Isabel II.

Su poesía es casi toda de tema cívico, patriótico o político, de inspiración fundamentalmente neoclásica, acercándose al prerromanticismo en algunos momentos. Excesivamente declamatorios, sus versos abundan en epítetos, que imitaron mal sus poco afortunados seguidores.

1 Del “Cancionero de la Guerra de Independencia”, publicado en *Estudios de la Independencia*, tomo II, 1966

El más famoso poema dedicado al Dos de Mayo corresponde a **Bernardo López García**. Este autor nace en Jaén el 11 de noviembre de 1838 y pasa inadvertido hasta 1866 en que publica en *El Eco de París*, del que era redactor, su celebérrima oda poética “*El Dos de Mayo*” obtuvo tan resonante éxito que desde entonces se le conoció como “*El cantor del Dos de Mayo*”, con injusto olvido de toda su obra anterior y posterior, llegando a ser proverbial el recitado de la primera estrofa:

Oigo, patria, tu aflicción
Y escucho el triste concierto
Que forman, tocando a muerto,
La campana y el cañón.

Antimonárquico y de tendencias revolucionarias, su vida era casi de indigente. En 1867 publicó en Jaén la primera edición de sus “*Poesías*”, que apenas se vendió. La miseria y las privaciones arruinaron su salud. A mediados de 1868 marcha a Madrid, pero su activismo político le lleva a volver a las tierras andaluzas. Fallece en Madrid el 15 de noviembre de 1870. Una segunda edición de sus “*Poesías*” aparece, póstumamente, en 1880 con diez poemas más. Una tercera, en 1808 es, como una reedición de la segunda. Al frente de las tres ediciones figura el prólogo de un amigo, el poeta Juan Antonio Viedma, en que la amistad prevalece sobre la imparcialidad crítica e, incluso, el rigor biográfico. Posteriormente, Juan Jiménez Fernández reunió catorce poemas más, extraídos de publicaciones periódicas y antologías. Primo de Rivera organizó un homenaje nacional en su memoria.

Los cantores del dos de mayo

El alzamiento del pueblo de Madrid el 2 de mayo de 1808, día memorable en que dieron su vida por la patria tantos madrileños, dio lugar a que nuestros líricos manifestaran su expresión estética referida a tan tremendos acontecimientos.

Luis Vidart ² hace referencia al que considera el primer cantor del hecho histórico y llama la atención respecto a que fue un hombre de paz, un ministro de la religión católica. Se refiere a **D. Juan Nicasio Gallego**, presbítero de quien el Conde de Toreno decía que “*descollaba en el saber político, si bien no tanto como en el divino arte...*”.

Hay que decir que, al escribir su poesía el mismo año en que ocurrieron los hechos, “*cuando aún la pasión perturbaba las inteligencias*”, comete errores de concepto. Para realzar las acciones de los capitanes Daoiz y Velarde, que compartieron con el pueblo las fatigas del combate hasta morir por la patria, dice que el resto de los militares permanecieron ajenos a la lucha, “*encarcelados por jefes sin honor*”, que hacían alarde de su “*perfidia*”. Todo esto es inexacto, puesto que la guarnición de Madrid cumplió con su obligación militar y respetó las órdenes del gobierno constituido, representado por una Junta que, ciertamente, no hacía alarde de “*perfidia*” sino de respeto a las soberanas disposiciones del rey de España, Fernando VII.

El segundo cantor del Dos de Mayo que cita Vidart había vestido, en sus años juveniles, el uniforme de Oficial de Artillería. Se trata del nombrado aquí **Juan Bautista Arriaza**. Antonio Alcalá Galiano alaba en su “*Recuerdos de un anciano*” su merecida fama.

El capitán de Infantería **D. Cristóbal de Beña** es otro poeta, militar de profesión, que escribe una canción, cuyo coro y primera estrofa no llegaban en inspiración poética a las alturas del presbítero **Gallego**.

Las poesías de **Gallego, Arriaza y Beña** se publicaron, respectivamente, en los años 1808, 1810 y 1812.

Después de estas composiciones, que pueden considerarse como coetáneas del suceso que en ellas se canta, sería interminable –dice Vidart– la lista de poesías dedicadas al Dos de Mayo.

“*Apenas había poeta, versificador o coplero nacido en España durante el siglo XIX que no se haya creído en el deber patriótico-literario de endilgar unos cuantos versos, aconsonantando “Velarde” con “arde” y “Mayo” con “desmayo” o con “los hijos de Pelayo” y teniendo cuidado de no dejar “Daoíz” al final de ningún renglón, para evitar el que “oíd” apareciera como*

2 Ilustración Española y Americana, nº XVI pp. 274-275 del 30 de abril 1881

su natural consonante, según hizo un ingenio de cuyo nombre no queremos acordarnos".³

Merece especial atención **Espronceda**, quien en 1840 escribe, con "desesperada y varonil energía":

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla,
¡Mares de eterno llanto, castellanos,
No basta borrar vuestra mancilla!
"Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua;
¡Os cansa el brazo el peso de la lanza!
¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira,
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto también mi corazón estalle!"

La índole de estos versos es más semejante a una composición satírica que a la de un canto destinado a ensalzar un hecho glorioso. En 1840 se trataba de arrojar violentamente del poder al partido moderado y a la reina gobernadora D^a María Cristina, como, en efecto, lo consiguieron con el "*pronunciamiento*" del mes de septiembre que dio la regencia a Baldomero Espartero.

D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, coronel de Artillería y ex gobernador civil de Málaga, dedica un soneto con estrambote a los héroes Daoíz y Velarde:

Truena el cañón: intrépido Velarde
Corre a afrontar la muerte en la pelea
El acero en su diestra centellea;

3 VIDART, L., *Ibidem*

Fuego divino en sus miradas arde.
Muere, de patrio amor en santo alarde,
Que Europa un día con asombro vea;
Signo de paz el extranjero ondea,
Y Daoíz sucumbe en su traición cobarde.
Rásguese entonces el alto firmamento,
Y del egregio Conde de Gazola
Suena la augusta voz: ¡Sublime día!
Exclama en celestial arrobamiento;
¡éstos mis hijos son: ésta la sola
Ventura que restaba al alma mía!
¡Tú inspiraste, Señor, tan grande hazaña!
¡Siempre en mis hijos la encuentre España!

Fueron numerosos los cantares del Dos de Mayo. Baste recordar aquí nombres como D^a Gertrudis Gómez de Avellaneda, D^a Amparo López de Baño, Zorrilla, Zea, López García, Navarro Villoslada, Villegas, D. Gabriel, Corrandi, D. Braulio Antón Ramírez, Tejado, Robot y Fontseré, Romero y Larrañaga, Acuerne, Villanueva, el general Guillén Buzarán, D. Arcadio Rodríguez García, Olave y otros.

José Gella Iturriaga⁴ hace referencia a las jotas, seguidillas, jácaras, soleares, fandangos, polos, sevillanas, tiranas, sardanas, villancicos y demás cantares de la Guerra de la Independencia “ejemplares valiosos de literatura popular y sentidas estrofas de un cantar de gesta surgido de la musa española durante tan gloriosa epopeya.

El cancionero de la Independencia lo forman el conjunto de coplas que entonces improvisara el pueblo, alusivas a Fernando VII, Napoleón, José Bonaparte, el enemigo, los guerrilleros y las campañas;

cantares todos coetáneos de aquella guerra, salvo unos pocos incluidos como colofón por haberse hecho populares posteriormente, dentro de la misma línea tradicional y patriótica, en homenaje a aquellos

4 “Cancionero de la Guerra de Independencia..., *op. cit.*”

antepasados que iban a la muerte cantando, ajenos a que con tal cancionero espontáneo poetizaban la lección universal de su sacrificio colectivo en imperecedero canto a la libertad de la Patria.

Es significativo el hecho de que a los sones de *La Marsellesa* nuestras tropas y milicias entonasen canciones que lograron la máxima popularidad, como la que sigue:

A las armas corred, españoles,
De la gloria la aurora brilló;
La nación de los viles esclavos
Sus banderas sangrientas alzó.
¿No escuchais en los campos vecinos
Los infames franceses bramar?
¿No los veis con frenética furia
Los hogares del pobre talar?
Los fuertes aceros,
Patricios, guerreros,
Al punto empuñad:
Marchad, sí, marchad.
Resuene el tambor,
Veloces marchemos
Y la sangre española vengüemos
Derramada con ciego furor.
Fuego y sangre españoles valientes
Son los polos de la libertad;
Guerra, guerra, briosos clamad.
Despertad, españoles valientes,
Que escuchais de la patria el clamor;
Quien no acude a salvarla brioso
Será indigno del nombre español.

Recién abdicado Carlos IV tras el motín de Aranjuez, caído en desgracia el valido Godoy, receloso el pueblo del paso de las tropas francesas hacia

Portugal, e iniciado un nuevo reinado en circunstancias, tanto nacionales como internacionales, difíciles, el joven monarca Fernando VII fue acogido por sus súbditos como *El Deseado*. El entusiasmo y el sentimiento popular quedó patente en los cantares:

Dale que dale;
¡Viva Fernando Séptimo
Rabie que rabie!

Y cuando la familia real se hallaba en Francia debido a los arteros manejos de Napoleón:

Ya te he dicho, Fernando,
Que no vayas a Bayona,
Que Godoy y Bonaparte
Te quitarán la corona.

El regreso de Fernando VII fue muy celebrado:

Rebose, españoles,
Rebose el placer,
Que viene Fernando
Nuestra dicha a hacer.

Algunos cantares de los dos últimos años de la guerra reflejan que la devoción hacia Fernando VII ya no era tan unánime, sino que reflejaba a un rey al que invocaban de diferente manera dos tendencias políticas en pugna, surgidas de la monarquía.

Un estribillo del bando contrario a Fernando VII logró gran popularidad:

Un realista en un mesón
Llamaba porque le abrieran,
Y tanto y tanto llamó
Que le abrieron... ¡la cabeza!

La animadversión del pueblo hacia Napoleón hacía que le nombraran despectivamente Malaparte.

Bonaparte en los infiernos
Tiene una silla poltrona,
Y a su lado está Godoy
Poniéndole la corona.

Respecto a José Bonaparte, el pueblo español lo consideró un intruso y le hizo objeto de bromas y hasta le colgaron el sambenito de borracho y tuerto, poniéndole toda clase de motes: José Primero, José Postrero, José Ninguno, Pepe Botella, Rey Pepe, Pepino, Pepillo y Pipote. Como usaba monóculo y al mirar por la lente con un ojo cerraba el otro, le imaginaron tuerto.

Ya viene por la Ronda
José Primero
Con un ojo postizo
Y el otro huero.

Y respecto a la imputación de borracho circulaba este estribillo:

Pepe Botella
Baja al despacho,
No puedo ahora,
Que estoy borracho.

Hay una única copla favorable a José Bonaparte, la que cantó ante el Palacio Real un grupo de afrancesados adictos:

¡Viva José Primero
Cara de clavel!
Descorre las cortinas
Que lo quiero ver.

Otros cantares se refieren a la constitución de Bayona, el enemigo, la nación francesa, las tropas napoleónicas, los afrancesados (considerados como enemigos), los guerrilleros, los hechos de armas, los héroes y el ardimiento de los combatientes... Algunos contienen galicismos, equivalentes a denominaciones dadas despectivamente por los franceses a las guerrillas.

Durante los sitios de Zaragoza, las jotas eran, entre otras, la tan conocida:

La virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.

Al entrar triunfalmente en Madrid las tropas del general Castaños, se cantaron himnos que se difundieron por todo el territorio nacional, sobre todo el de **Arriaza**:

Venid vencedores, etc.

Y en Cádiz, la bella ciudad marinera asediada, refiriéndose a los trozos de metal retorcido en forma de tirabuzón que desprendían las bombas tiradas por los franceses:

Con las bombas que tiran
Los fanfarrones
Hacen las gaditanas
Tirabuzones.

Estos cantares y otros tan numerosos que no cabrían aquí, se difundieron por tradición oral, por obras de escritores como Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, Fernán Caballero, Pérez Galdós, etc., así como de folletos y hojas sueltas impresas, conservadas en el Archivo Histórico del Ejército, editados durante la época en distintas partes de España. El acom-

pañamiento musical fue, predominantemente, el tradicional y variado de los sones típicos nacionales en boga, como

el zorongó, charandel, la pía y la paz, cantinelas, tiranas, pastordas y la cachucha; el de compases importados como los de *La Marsellesa*, *Landum*, *Mambrú* y *The grand Salamanca march*; y también fue el de canciones como *los defensores de la patria*, *de la España cautiva*, *a los ingleses*, *el clamor de la Patria*, *de la Jura de Fernando*, *las ciudadanas aragonesas* y varias *patrióticas* y, finalmente, el de los sones vibrantes de marchas como una *del General Palafox* y *la marcha* e himnos diversos *a Wellington*, *a las Cortes de Cádiz*, *de la victoria*, *del batallón de literarios*, *de la Independencia*, *de los voluntarios distinguidos de Cádiz* y *a la Constitución de España*.

Los músicos autores de canciones, marchas e himnos cuyos nombres se conservan fueron bastantes, entre ellos Fernando Sor —el más inspirado y popular—, Bartolomé Santana, Molle, Raymar, Acuña, Puich, Corral, Moreti y Zayas; de algunos solo se sabe las iniciales de sus nombres y de otros nada, por olvido completo no sólo del nombre, sino de compases y estrofas de sus canciones, de lo que se lamentó Mesonero. Los autores de las letras —aparte, naturalmente, las coplas del pueblo, siempre anónimas, por cierto muchas de inspiración femenina— de tales canciones, marchas e himnos fueron los más destacados el poeta Juan Bautista Arriaza, el de musa más elevada, Cristóbal Beña —“capitán y poeta”—, F.E. Castellón, Eugenio Rufino Fernández... En cuanto a instrumentos que tocaban los ejecutantes citaremos los que se hallan mencionados en las mismas estrofas o en los impresos que las contienen: clave, pianoforte o forte-piano, arpa, órgano, violín, bajo, contrabajo, guitarra, bandurria, rabel, flauta, clarinete, trompa, trompeta, zampoña, caja, tambor, timbales, castañuelas, pandereta “y toda clase de instrumentos rústicos”.

El *Cancionero de la Independencia* constituye un documento etnográfico del más alto valor histórico-militar y folklórico, tal vez único en su clase.

NOVELA

BENITO PEREZ GALDOS (Las Palmas de Gran Canaria, 1843 – Madrid, 1920)

Quien mejor noveló el levantamiento del Dos de Mayo y todo lo que vino después hasta la expulsión de los franceses de España, fue, sin duda, **D. Benito Pérez Galdós**, a pesar de que cuando lo hizo ya habían transcurrido más de sesenta años desde los acontecimientos que él tan magistralmente narró en *Los Episodios Nacionales*.

D. Benito nació en Las Palmas el 10 de mayo de 1843 y fue el último de sus hermanos. Con veinte años viaja a Madrid con la intención de estudiar la carrera de Derecho. Pero lo que hizo fue empaparse de todo lo que la capital del reino le ofrecía, deslumbrado por sus calles y sus gentes. A poco viajó a París, volviendo enseguida a su querido Madrid donde, de 1863 a 1873 vive con intensidad.

...estudiante, lector infatigable, observador Argos, periodista, crítico de arte, contertulio novelador, dramaturgo, pintor, concertista de órgano, un poco conspirador, viajero aquende y allende el Pirineo, aprendiz de político...⁵

Durante diez años escribe miles de cuartillas y a miles las rompe: Dramas en verso y prosa, argumentos históricos, esbozo de novelones melodramáticos, impresiones de viajes... También pinta. Entre 1873 y 1883 termina veintisiete obras en treinta volúmenes, que superan más de doce mil páginas. De enero de 1873 a marzo de 1875 los diez primeros *Episodios nacionales*. De junio de 1875 a marzo de 1883 los diez tomos de la segunda serie, más un considerable número de novelas. Parece como si una verdadera fiebre se hubiese apoderado de él.

Por deficiencias de tipo económico decide continuar escribiendo los *Episodios Nacionales* tiempo después. Los da por finalizados en 1879.

5 SÁINZ DE ROBLES, Fed. Carl., *Su vida, su obra, su época*

En 1897 entra en la real academia.

En 1905, cuando ya la Academia sueca lo había propuesto para el Nóbel, sufre el escritor el desvío de toda la clase conservadora. El gobierno se inhibió y la oposición religiosa y política de matices tradicionales opuso a su candidatura la de Menéndez y Pelayo, pero ésta tampoco obtuvo el premio, ya que la Academia se sintió herida por este comportamiento.

Galdós no deja de escribir, aún en los achaques de la vejez y en la ceguera que en sus últimos años padeció. Dicta a otros sus obras hasta que cae enfermo de vejez y arterioesclerosis. Muere el 4 de enero de 1920.

Al restaurar la novela realista, Galdós crea la novela nacional. Cervantes y Galdós son los dos novelistas geniales de España. El primero, la cumbre de la literatura, más intenso, *hondo como el mar*; Galdós más extenso, *ancho como un paisaje diverso contemplado desde una cima con los más potentes prismáticos*⁶

Épico y lírico fue Galdós. Y sin los inconvenientes de los puros épicos o de los puros líricos, quienes sin contestación voluntaria posible, se desbordan, anegan, terminan por cansar. Galdós, siempre dueño de sí mismo, supo dosificar lo épico y lo lírico, y abonar con ello las tierras propicias a cada uno. Jamás el sentido épico de Galdós toca en lo ampuloso; jamás su sentido lírico “suena” a sensiblería.

De la ingente obra de este autor, nos interesan aquí los *Episodios Nacionales* y, dentro de ellos, los referidos a la Guerra de la Independencia.

Los *Episodios Nacionales* constan de 46 novelas comprendidas en cinco series. Adolecen de ciertas irregularidades de técnica y saltan a la vista algunas desproporciones en el interés, según algunos críticos. Pero una obra tan ingente, que pretende abarcar la Historia de España de 1805 a 1880 aproximadamente, bien puede permitirse algún fallo. Todos los episodios están contados con una amenidad sorprendente, que no decae en ningún momento, y con la solidez de una absoluta verdad. Representan la parte más orgánica y trabada de la obra de Pérez Galdós y casi la mitad de su gigantesca labor literaria. También la parte menos discutida por la crítica, aceptada sin reservas por todos los públicos, cualesquiera que sean sus

6 SÁINZ DE ROBLES, Fed. Carl., *Ibidem*

ideologías, quizá porque supo contarlo todo de un modo objetivo y benévolo. No se decidió por ninguna bandería, ensalzó al bueno y no fue demasiado implacable con el malo y, sobre todo, porque los *Episodios Nacionales* representan su idolatría por España.

La Guerra de la Independencia la describe Galdós dentro de la primera serie y a través de un personaje de ficción, Gabriel Araceli, que le sirve de hilo conductor y cronista de los acontecimientos.

Gabriel Araceli, o Gabriel de Araceli, de origen humildísimo, privado en los comienzos de su vida de toda instrucción, desdichado en muchos de sus días, todo bondad y honradez innatas, representa la nueva clase social nacida de la Guerra de la Independencia, en la que entraron tantos y tan dispares elementos.

La Guerra de la Independencia se describe a partir de la tercera novela de la primera serie. Gabriel Araceli ya es protagonista desde las dos primeras novelas, *Trafalgar* y *La Corte de Carlos IV*. En *el 19 de Marzo y el 2 de Mayo*, volumen que sigue a los dos citados vemos a nuestro hombre entre idas y venidas de la capital a Aranjuez, donde su novia, Inés, huérfana, vive recogida por su tío que es el párroco de la localidad. Éste se considera protegido de Godoy y “hasta paisano y amigo”.

Gabriel será testigo directo del Motín de Aranjuez el 17 de Marzo (Galdós lo data el 19), de resultas del cual Godoy caerá en desgracia.

Inés es separada de su tío y, contra su voluntad, recogida en casa de unos parientes de su madre, los avaros hermanos Requejo, quienes la mantienen encerrada porque saben que es hija de una rica condesa y el hermano Requejo pretende casarse con ella para, así, acceder a la fortuna que le corresponderá a la joven. Araceli logra entrar a trabajar con los Requejo para proteger a su amada Inés, prometiendo liberarla de su encierro. Utilizará su ingenio y dotes de intriga (ya puestos de manifiesto en el episodio segundo, *La Corte de Carlos IV*) y tramará un plan, embaucando a Juan de Dios, otro empleado de los Requejo que también está enamorado de Inés. La fuga coincidirá con la revuelta popular del levantamiento del Dos de Mayo.

Gabriel deja a Inés con su tío de nuevo y toma las armas junto con otros madrileños para expulsar a los franceses. El episodio narra la bravía

defensa de los madrileños y termina con la detención por los franceses de tío, sobrina y Gabriel. Juan de Dios consigue rescatar a Inés, pero el párroco es fusilado. Gabriel se salva casi de milagro y le veremos, luego, presenciar la victoria de Bailén a los franceses y le seguiremos en sus reencuentros y desencuentros con Inés volumen tras volumen y cómo se bate hasta la extenuación en la Zaragoza sitiada.

La situación se hace desesperada.

El odio a los franceses no era odio; era un fanatismo de que no he conocido después ningún ejemplo, un sentimiento que ocupaba los corazones por entero, sin dejar hueco para otro alguno, de modo que el amor a los semejantes, el amor a sí mismo y hasta me atrevo a decir el amor a Dios, se adaptaban y sometían como fenómenos secundarios al gran aborrecimiento que inspiraban los verdugos del pueblo de Madrid⁷

En lugar de decir “vamos a la guerra” decían “vamos a matar franceses”. *Las familias de las víctimas se habían olvidado ya de rezar por los muertos y pensaban en equipar a los vivos.*

Las donaciones para la guerra llovían de todas partes. Se reunía dinero a montones *sin que un realito de vellón se escapase por entre los agujeros del cesto administrativo.* Una partida conmovedora figuraba en la lista de donaciones: *La señora condesa viuda de Montelirios ha entregado su taoleta de plata manifestando el sentimiento de que sus medios no alcancen tanto como su voluntad.*

A finales del 1809 el ejército invasor lo componían 300.000 hombres y la situación era desesperada. Los españoles, dispersos y desanimados, no contaban con un general experto que los mandase y faltaban recursos de todas clases, especialmente monetarios. Dieciocho meses después de la derrota de los franceses en Bailén, éstos ya se disponían a invadir Andalucía. Esta situación se agravaba con las intrigas y ambiciones que minaban el poder central.

7 PÉREZ GALDÓS, B., *Bailén*

Tuvo la Junta, allá por marzo, el malísimo acuerdo de establecer el Consejo de Castilla, fundiendo en él todos los demás consejos suprimidos; y cuando esta antigualla se vio de nuevo con vida; cuando esta máquina roñosa, inútil y gastada, se encontró otra vez puesta en movimiento, allí era de ver cómo pretendía gobernar el mundo. La fatuidad de aquellos consejeros que tanto adularon a José no tenía igual. Desde que se los puso en juego empezaron a intrigar con quien los había sacado del olvido, y decían que la Junta era ilegítima. Valiéndose de don Francisco Palafox, hermano del defensor de Zaragoza; de Montijo, a quien hemos visto en alguna parte; del marqués de la Romana y de otros pájaros, llenaron de enredos a la Junta y a la Comisión ejecutiva. Por último, en la Regencia, última metamorfosis de aquel Poder tan nacional como desgraciado, también sembraron cizaña los del Consejo. Esta pandilleja no era otra cosa que el partido absolutista, que ya empezaba a sacar la oreja; y para que desde el principio se tuviera completa noticia de su existencia, también repartió dinero entre la tropa, fiando sus esperanzas a una sedición militar, que por entonces quedó frustrada. Nada de esto era ya nuevo en España, porque el motín del diecinueve de marzo en Aranjuez, de que, si mal no recuerdo, hice mención, obra fue de la misma gente; mas no se valieron sólo de la tropa, sino también de varios cuerpos facultativos y distinguidos, como los lacayos, pinches y mozos de cuadra de la regia casa. En Sevilla, azuzaron a lo que un gran historiador llama con enérgico estilo la *bozal muchedumbre* y hubo frecuentes serenatas de berridos y patadas por las calles; mas no pasó de aquí.

Un arma moral esgrimían entonces unos contra otros los políticos menudos, y era el acusarse mutuamente de malversadores de los caudales públicos, grosero recurso que hacía muy buen efecto en el pueblo. Cuando se disolvió la Junta de Cádiz, hubo un registro de equipajes de lo más vil y bochornoso que contiene nuestra moderna historia: que no se encontró nada en las maletas de los patriotas porque éstos, malos o buenos, tontos o discretos, no tenían el alma

en los bolsillos, ni la tuvieron aún en sus inmediatos sucesores años adelante.⁸

Con independencia de las victorias o derrotas del ejército, estos hechos no impedían la continuación de la guerra, ni debilitaban el formidable empuje de los patriotas.

El sitio de Gerona lo relata otro personaje de ficción: Andrés Marijuán, quien nos cuenta las desdichas y, sobre todo, el hambre terrorífica que padecieron los sitiados. Sus amigos, D. Pablo, su hija Josefina, enferma y sorda, Sisete, la amada de Marijuán y sus tres hermanos, Badoret, Manalet y Gasparó se ven a punto de perecer de inanición. Gasparó morirá a consecuencia de una terrible epidemia que, por si fuera poco, se adueña de la ciudad y diezma a sus sufridos habitantes, que la defienden al mando del heroico General Mariano Álvarez de Castro, gobernador militar de la plaza, como antes lo había sido del Castillo de Monjuit, en Barcelona, quien se negó a entregarla a los franceses y solo lo hizo contra su voluntad a instancias del Capitán General de Cataluña. En Gerona, ante un sitio que se preveía largo y duro, preparó la ciudad para la defensa haciendo acopio de municiones y víveres. 18.000 franceses enfrentados a 5.600 patriotas. Álvarez de Castro publicó un bando en el que amenazaba con pasar por las armas a todo aquel que se rindiera. El sitio duró siete meses y solo entregó el mando cuando, agotado físicamente y enfermo, no le quedó otra opción. Cuando entran los franceses solo escombros y cadáveres encuentran. A Andrés Marijuán, después de herirle, le hacen prisionero y se lo llevan a Francia. Acaba el año 1809.

Benito Pérez Galdós sitúa en Cádiz a Gabriel Araceli igual que lo había situado en el sitio de Zaragoza, a fin de explicar la Guerra de la Independencia

Cádiz era donde se ubicaba el gobierno de España. Las abdicaciones de Bayona habían creado un vacío de autoridad y, pese a que los Borbones habían ordenado que se obedeciera a José I, muchos españoles se negaron a ello porque veían una autoridad ilegítima en el rey impuesto. Para llenar

8 PÉREZ GALDÓS, *B Episodios Nacionales. Gerona*

este vacío y organizar la espontánea insurrección contra los franceses se organizaron Juntas Provinciales, que asumieron la soberanía. Estaban compuestas por militares, representantes del alto clero, funcionarios y profesores, todos ellos conservadores. En septiembre de 1808 se había constituido la Junta Central para coordinar los poderes soberanos que, en ausencia del rey legítimo, asumió dicha Junta, establecida como máximo órgano de gobierno. Se convocaron Cortes extraordinarias en Cádiz en 1809, rompiendo el protocolo tradicional, pues solo el rey tenía potestad para convocarlas y presidirlas. En enero de 1810 la Junta cedió el poder a una Regencia, lo que no paralizó la convocatoria a Cortes.

El 24 de septiembre de 1810 se celebró la primera sesión de las Cortes Extraordinarias y Constituyentes en San Fernando, y se promulgaron decretos relativos a la soberanía nacional, la división de poderes, la igualdad y legalidad y la libertad de imprenta y otros. Estos decretos servirían posteriormente como modelo y base de numerosas Constituciones europeas.

Se dieron tres tendencias: los *absolutistas* que defendían el regreso de la monarquía y del reinado absoluto de la Casa de Borbón, los *jovellanistas*, defensores de la reforma pero no del carácter revolucionario de ésta, y los *liberales*, que defendían la adopción de reformas inspiradas en los principios de la Revolución Francesa.

Asistimos con Gabriel Araceli a una tumultuosa sesión de las Cortes y a una serie de peripecias melodramáticas, entre las que Inés, la amada de Gabriel, se entera, al fin, de que la condesa Amaranta es su verdadera madre y, después de miles de idas y venidas, consiguen ambas vivir juntas.

La tarea de las Cortes de Cádiz fue crear leyes de carácter liberal, formando un cuerpo legislativo que amparara un nuevo orden social, acabando con la sociedad estamental que había caracterizado a España hasta ese momento. El producto de esta labor fue la Constitución de 1812, llamada *La Pepa* porque se promulgó el día de la festividad de San José, 19 de marzo. Fue el primer texto constitucional con el que contó España.

En las Cortes estaban representados los tres estamentos. Los burgueses sustituyeron a algunos representantes conservadores que no podían acceder a Cádiz a causa del bloqueo de los franceses.

Tanto el Rey como las Cortes poseían la facultad de crear leyes de forma conjunta.

Todos los adelantos introducidos por la Constitución fueron, posteriormente, suspendidos por el Decreto de 4 de mayo de 1814, del Rey Fernando VII, quien declaró nula la Constitución y todas las decisiones tomadas por las Cortes de Cádiz.

... a mitad de 1811 Napoleón, creyendo indispensable tomar a Valencia, puso esta empresa en manos del mariscal Suchet que había ganado a Lérida en 13 de mayo de 1810, a Tortosa en 2 de enero del siguiente año, y en 28 de junio a Tarragona. Asimismo sabrán que las Cortes, dispuestas a defender la ciudad del Turia, enviaron allá al gran Blake, regente a la sazón, hombre muy honrado, buen patriota, modesto, respetable, conocedor del arte de la guerra, pero de muy mala fortuna...⁹

Blake tuvo que retirarse dejando mil prisioneros en poder de los franceses y cuatrocientos cincuenta muertos en el campo de batalla.

La verdadera guerra nacional se llevaba a cabo por las guerrillas, organización militar hecha *por milagroso instinto* a espaldas del Estado. Estaban formadas por sujetos de toda laya. Uno de los generales más famosos fue Juan Martín el Empecinado y, cómo no, en su grupo estaba Gabriel Araceli derrotando a los franceses cogidos por sorpresa la mayoría de las veces. Con las tropas españolas viajaría el Empecinadillo, un niño huérfano de tres años, recogido entre batalla y batalla y que formará parte del grupo. Un desvergonzado que hacía lo que le daba la gana y a quien todos protegían.

Las aventuras de Gabriel Araceli e Inés continúan. El primero es hecho prisionero de los franceses y la segunda es raptada por su propio padre. Otra separación de la pareja, más desgracias. Pero como Galdós los trata con tanto amor, Araceli logra escapar y se une de nuevo a Juan Martín el Empecinado y su grupo. El Empecinado se salva, asimismo, de la muerte

9 “Juan Martín El Empecinado”, *Ibidem*

y reemprende la persecución de los franceses y Araceli no piensa en otra cosa que en rescatar a Inés de las garras de su malvado padre. Entretanto, la condesa Amaranta, madre de Inés, se consume de dolor y se halla en una situación miserable dado que los franceses se lo han robado todo.

En el tomo titulado *La batalla de los Arapiles* encontramos que Gabriel Araceli ha dejado a los guerrilleros de Juan Martín el Empecinado y se ha unido de nuevo al ejército, ha ascendido a comandante y no cesa en su deseo de rescatar a Inés. La condesa, en Madrid, intenta la ayuda del rey José I para el mismo fin.

En 1812 se cumplía el cuarto año de la presencia en la península de la fuerza expedicionaria inglesa. En 1808 había desembarcado en Portugal al mando del general Arthur Wellesley, primer duque de Wellington. Su intento de avanzar sobre Madrid culminó en junio en la batalla de Talavera, victoriosa aunque muy costosa.

En 1810, Napoleón envió al mariscal André Masséna al mando de un ejército completo para recuperar Portugal, de donde, previamente, habían sido expulsados los franceses por Wellington. A la fuerza inglesa se sumó una cada vez más milicia portuguesa. Wellington hostigó a los franceses y los debilitó. En Fuentes de Oñoro fueron completamente derrotados.

Entretanto Napoleón retiraba parte de sus tropas para integrarlas en el ejército que pretendía invadir Rusia, Wellington planeó, en 1812, una ambiciosa ofensiva estratégica. El 17 de junio llegó a Salamanca e instaló baterías para rendir las fortificaciones francesas que Marmont (sustituto de Masséna) había levantado destruyendo una parte notable de edificios en Salamanca. El 21 se encontraron ambos ejércitos, retirándose los franceses ante el empuje de las tropas anglo-hispano-portuguesas.

Después de esta victoria, Wellington avanzó por el Valle del Duero y tomó Madrid, donde se le aclamó como libertador.

La catastrófica derrota de los franceses en Rusia extendió por Europa la idea de que los días de gloria de Napoleón podían estar acercándose a su fin.

En la batalla de los Arapiles es herido gravemente Gabriel Araceli. Es salvado por miss Fly, una excéntrica inglesa que lo había seguido en sus aventuras, sin que él lo quisiera. Repuesto al fin, acaba casándose con Inés. No cuenta el final de la guerra porque pide el retiro.

En marzo de 1813, un personaje de Galdós resume así los acontecimientos:

Hace cinco años que no se oye más que esto: “Se van sin remedio, ya no pueden sostenerse ni un día más: el lord dará cuenta de todos ellos dentro del mes que viene”. Y así corren los meses y los años; la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba, y los franceses no se van sino para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe y cuatro veces le hemos visto entrar con más bríos. ¿Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: “Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simiente de rábanos”. ¡Ay! No pasaron muchos meses sin que los viéramos otra vez mandados por el emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Dióse una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro: “¡Ya se acabó todo!... ¡Gracias a Dios!... ¡Viva el lord!...” Los franceses salen por un lado y los ingleses entran por otro. Pero esto parece escenario de un teatro: el lord se va por la derecha y José se nos cuele por la izquierda...¹⁰

El 27 de mayo abandonaron los franceses Madrid con un convoy de carros y vehículos repletos de sus robos: oro, plata antigua, estatuas, cuadros y todo lo que pudieron rapiñar. Con el ejército salieron muchos particulares comprometidos y empleados altos y bajos. Madrid quedó en poder de los guerrilleros y las autoridades españolas que pronto lo ocuparon. Los franceses se iban para siempre de España.

En los campos de Vitoria perdieron los franceses gran parte de lo que habían cogido y también la guerra. José I, quien fuera nombrado rey de España y las Indias por Napoleón y que había prestado juramento ante las Cortes de Bayona el 7 de julio de 1808, huía con lo que quedaba de sus tropas.

10 “El equipaje del rey José”, *Ibidem*

Del trono de Nápoles pasó al de España por orden de su hermano Napoleón Bonaparte. Durante su corto reinado de cinco años no logró hacer triunfar el programa reformista de su gobierno, cimentado en la Constitución de Bayona. Tampoco logró que los españoles lo aceptaran.

En enero de 1810 dirigió personalmente la campaña de Andalucía por orden de Napoleón. Un año después, y tras un viaje a París, quiso abdicar, pero Napoleón lo nombró generalísimo de todo el ejército de España. En 1812, al constituirse las Cortes de Cádiz, intentó, infructuosamente, alcanzar un acuerdo con ellas. La derrota de Arapiles y Vitoria terminaron, en 1813, con su breve reinado.

En diciembre de 1813 se firmó el tratado de Valençay, por el que Napoleón reconocía a Fernando VII como rey de España. El 13 de marzo de 1814, Fernando VII partiría para España, mientras José Bonaparte regresaba a Francia.

Vino Napoleón a España y despertó a todo el mundo. La frase castellana *echarse a la calle* es admirable por su exactitud y expresión. España entera se echó a la calle o al campo; su corazón generoso latió con fuerza y se ciñó laureles sin fin en la gloriosa frente, pero lo extraño es que Napoleón, aburrido al fin, se marchó con las manos en la cabeza, y los españoles, movidos de la pícara afición, continuaron haciendo de las suyas...¹¹

JUAN ANTONIO VALLEJO NAJERA (Oviedo, 1926–Madrid, 1990)

Destacó como médico, tanto en la faceta clínica como didáctica. Autor de numerosas obras, en su mayoría de psiquiatría. Escribió *Yo, el rey*, sobre José I, obra por la que recibió el premio Planeta en 1985.

En resumen, el libro trata de una conversación que, en 1808, entabla José I con su hermano Napoleón Bonaparte. Se entera, así, de las intrigas de la familia real española y se dispone a ser buen rey en aquel país desconocido para él. Mientras, van llegando noticias sobre las atrocidades de la

11 “Juan Martín el Empecinado”, *Ibidem*

guerra en toda la península. Cuando entra en Madrid, José I comprenderá que todo lo que haga va a ser inútil.

ARTURO PEREZ REVERTE (Cartagena, 1951)

Tras vivir veintiún años como reportero de prensa, radio y televisión, cubriendo informativamente los conflictos internacionales, se dedica a la literatura. Es autor de numerosas obras. Desde 1991 escribe una página de opinión en XLSemanal, una de las secciones más leídas de la prensa española. Recientemente fue nombrado académico de la Real Academia Española.

Un día de cólera narra el levantamiento del Dos de Mayo de una manera exhaustiva. Toda la pobre gente se revuelve contra los franceses. Sólo las clases altas se quedan al margen, aunque haya honrosas excepciones. Las fuerzas armadas dudan si defender al pueblo o permanecer inactivas. El pueblo espera los refuerzos que nunca llegarán y pelea desesperadamente. El parque de Monteleón, donde se guardan las armas está en la mente de todos. Serán Daoiz y Velarde, más el teniente Ruiz, quienes defiendan el parque, oponiéndose a sus superiores. Hasta dejar sus vidas en el empeño.

Los mamelucos atacan a la población indefensa que se defiende como puede.

El choque es brutal, de un salvajismo nunca visto. Tan ebrios de ira que algunos no se preocupan por su seguridad personal, los madrileños se meten entre las patas de los caballos, se agarran a las bridas y se cuelgan de las sillas, apuñalando a los mamelucos en las piernas, en el vientre, destripando a los caballos que caen patas al aire coceando sus propias entrañas.¹²

Bajo las patas de los caballos y los sables de los coraceros franceses, las gentes de los barrios bajos de Madrid combaten enloquecidas, con la

12 PÉREZ REVERTE, A., *Un día de cólera*

ferocidad de los que nada tienen que perder y con el odio insensato de quien sólo anhela venganza y sangre.

En marzo del año 2010 publica *El Asedio* novelando el asedio a Cádiz por los franceses, que no parece tal puesto que la ciudad, unida al continente por un estrecho arrecife de piedra y arena fortificado con inteligencia por los sitiados, hace imposible un ataque francés. Además, los barcos de guerra ingleses y españoles fondean en la bahía y otros barcos de diversas banderas van y vienen ante la mirada impotente de los artilleros imperiales, y la ciudad sigue comerciando con los puertos españoles rebeldes y con medio mundo, con lo que se da la contradicción de que sus moradores están mejor abastecidos que los propios sitiadores.

Una interesante galería de personajes se pasea por la obra:

Rogelio Tizón, el comisario obsesionado con las muertes de varias muchachas que no consigue desentrañar, porque también se trata de una novela policíaca *El Asedio*. Su contrincante en el juego del ajedrez, el profesor Hipólito Barrull, le hace interesarse por una traducción que lleva a cabo de la obra *Ayante*, de Sófocles: “Te veo junto a la tienda marina de Ayante en el lugar extremo de la playa, siguiendo desde hace rato la pista y midiendo las huellas recién impresas en la arena”. Tizón piensa que el asesino mata cada vez que una bomba cae en la ciudad sin que haya víctimas. Porque las bombas unas estallan y la mayoría no. Y relaciona las muertes con las bombas y con las huellas en la arena a que se refiere el manuscrito sobre Ayante que traduce el profesor Barrull. Por eso, cuando aparece la cuarta víctima sin que en aquel lugar haya caído bomba alguna, se desconcierta pues toda su teoría se le viene abajo.

Gregorio Fumagal, taxidermista que envía palomas mensajeras a los franceses, detallando los lugares de impacto de las bombas.

El bronco capitán corsario Pepe Lobo y Lolita Palma, la señorita soltera de toda la vida, trufada de *femme fatale*.

Simón Desfosseux, capitán de artillería francés, que estudia la fórmula para que las bombas estallen en su momento, no antes; para que la trayectoria del tiro sea la correcta, no corta; para que la pólvora esté en las debidas condiciones y el impulso del proyectil se incremente. Prueba una y otra alternativa, mide toesas, toma notas continuamente y se

obsesiona con su trabajo. Está empeñado en que con morteros en lugar de obuses se podrían conseguir resultados mejores, ante la indiferencia, cuando no el fastidio, de sus superiores que no quieren ni oír la palabra mortero, empeñados en seguir las instrucciones directas de Napoleón: emplear obuses contra Cádiz, lo que significa proyectiles que estallan o no. A Simón Desfosseux lo único que le importa en esta vida es trazar parábolas de artillería.

Mariano Zafra, periodista de *El Jacobino Ilustrado*, al que los guasones de los cafés apodan el Robespierre del Boquete...El Salinero... Y muchos otros personajes que pululan por Cádiz, sin apenas hacer caso de las bombas, más atentos a sus asuntos que a otra cosa, acostumbrados ya a la cercanía de los franceses a los que mortifican todo lo que pueden.

Pasa el tiempo y los acontecimientos se suceden. Toda la novela engancha por sus personajes y por el modo en que está contada. Hasta que, al fin, tras la derrota de los franceses en Los Arapiles, en Salamanca y otros lugares, se produce la desbandada y Cádiz se ve libre. Y acaba la novela.

Conclusión

Abunda la bibliografía que permite profundizar en la materia. Están las memorias de algunos de los contemporáneos de los sucesos, como el Conde de Toreno quien, años después, escribió *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*; Mesonero Romanos, con sus *Memorias de un setentón*; Blanco White y otros que sería largo de citar aquí, aparte los escritos posteriores a la época. Los límites entre lo real y lo inventado son difíciles de precisar a estas alturas, ya que doscientos años después de la jornada del Dos de Mayo aún discuten historiadores y militares sobre tales hechos.

Lo que sí es indudable es el valor con que los madrileños se enfrentaron a los franceses. Pérez Reverte pone en boca de Rafael de Arango la realidad:

Porque no nos rendimos, fíjate bien. No hubo más que una ola inmensa de franceses anegándonos hasta que no tuvimos con qué pelear. Dejamos de luchar solo cuando nos inundaron, ¿ves lo que quiero decir?... Como se deshace y desmorona un muro después de haber aguantado muchas avenidas y torrentes y temporales, hasta que ya no puede más y cede.¹³

13 PÉREZ REVERTE, A., *Ibidem*